

YOUSSEF ZIEDAN

Azazel

Traducción del árabe
de Ignacio Ferrando

TURNER KITAB

Por la noche no dejó de machacarme la cabeza un torbellino de ideas contrapuestas. Es más, aquellas ideas estuvieron a punto de pulverizarme el corazón y de echar a perder mi alma. Llegué a convencerme de que, si abandonaba la iglesia ahora que ya me conocían, me considerarían un apóstata y se lanzarían contra mí como lo habían hecho contra quienes habían renegado de la religión en la época del emperador Juliano. Hoy en día el cristianismo es la religión oficial de todo el imperio, así que no me iba a poder librar de las insidias y calumnias de aquella terrible comunidad llamada «los amantes de los dolores» o «los parabolanos», y de verme abocado por su causa al mismo destino que mi padre. Ellos se alegrarían como se alegró mi madre. Pero yo ardía en deseos de ver a Hipatia al día siguiente y de tratar con ella cuestiones de filosofía, de modo que pudiera apreciarme más, pues ella, en cualquier caso, estimaba a todas las personas: hacía honor a su nombre, Hipatia, que en lengua griega significa ‘la sublime’. Solo tenía diez o quince años más que yo, es decir, una diferencia no muy grande. Podría adoptarme como hijo, o como hermano pequeño. Tal vez un día llegara a quererme y ocurriera entre nosotros lo que dijo Octavia, eso de que las mujeres que amaban a hombres más jóvenes los hacían los más felices de la tierra... Solo que no hay dicha ni felicidad en este mundo.

Me despertó del vaivén de mis pensamientos el sonido de las campanas que anunciaban el discurso del obispo Cirilo. Salí pues, como todos lo hacían de sus celdas, y me sumé a los cientos de personas que entraban en la iglesia. El patio interior se llenó, de forma que ya no había opción de dar marcha atrás ni de moverse dentro de aquel lugar, repleto de monjes, curas y diáconos, lectores de los evangelios, pequeños y grandes predicadores, antiguos combatientes que se habían hecho creyentes y miembros de la comunidad de los parabolanos, hijos de arrepentidos que se habían enrolado en el cuerpo eclesiástico, perplejos seguidores de los llamados «hermanos largos», comunidades de monjes de los monasterios del valle del Natrón... Yo estaba rodeado por todas partes por el ejército del Señor. Su vocerío retumbaba, llenaba la plaza y removía

los muros, anunciando que una gran noticia, un importante suceso estaba próximo. Cuando el griterío alcanzó el culmen y las gargantas estaban a punto de desgarrarse, el patriarca Cirilo apareció ante nosotros desde su púlpito privado.

El temible aspecto del obispo me causó extrañeza y removió mis dudas y vacilaciones. Era la primera vez que lo veía. Después lo fui viendo cada mañana de domingo durante un período de dos o tres años sin excepción alguna. También lo vi el día del encuentro privado que más tarde relataré, si resulta apropiado a la historia. Cuando vi al obispo por primera vez, me quedé sorprendido y atónito, porque hizo su aparición ante nosotros en un púlpito de paredes totalmente doradas, una especie de balcón sobre el cual había una enorme cruz de madera con una figura de Jesucristo hecha de yeso policromado. De la frente del Mesías crucificado, de sus manos y de sus pies caía sangre de un vivísimo color rojo.

Miré las ropas hechas jirones de la figura de Jesucristo y luego el vestido bordado del obispo. Las ropas de Jesucristo eran unos harapos raídos desgarrados por el pecho y por la mayor parte de los lados, mientras que el vestido del obispo estaba adornado con hilos de oro que lo recubrían por completo y que parecían enmarcar su rostro. La mano de Jesucristo estaba vacía de los despojos de este mundo, en tanto que la mano del arzobispo lucía un cetro que me pareció, de tanto que brillaba, que estaba hecho de oro puro. Sobre la cabeza de Jesucristo había una corona de espinas dolientes, mientras que sobre la cabeza del obispo lucía la corona dorada y brillante del obispado. Jesucristo me pareció entregado, aceptando sacrificarse a sí mismo sobre la cruz de la redención, en tanto que Cirilo me pareció que se disponía a asir los confines de los cielos y de la tierra.

El obispo dirigió la mirada a su pueblo, sus feligreses. Fue recorriendo con la vista la multitud que se agolpaba en el patio de la iglesia, que se había calmado. Alzó el cetro dorado y todos guardaron silencio. Después pronunció estas palabras:

—Hijos del Mesías, en el nombre de Dios vivo bendigo este vuestro día y todos vuestros días. Comenzaré mi discurso con la verdad

que pronunció el apóstol san Pablo en su segunda epístola a Timoteo, en la que le dice, a él y a todos los cristianos en todo tiempo y lugar, lo siguiente: «Soporta las fatigas como buen soldado de Cristo Jesús, pues quien se alista en su ejército no se ocupa de los asuntos de la vida para poder cumplir las órdenes de aquel que lo enroló, y el que se alista no podrá obtener la corona de la victoria si no compite conforme a las leyes».

En un primer momento pensé que con esas palabras se refería a mí y que ese era uno de sus milagros ocultos. Luego, alzando aún más la voz, hasta el punto de que retumbaron los rincones de la impresionante iglesia, añadió:

—Comienzo con estas palabras para recordaros que vivimos un tiempo de insurrecciones y revueltas y que, por lo tanto, estamos en época de guerra santa. La luz del Mesías se ha extendido, hasta el punto de que hoy cubre casi toda la faz de la tierra y disipa las tinieblas que tanto tiempo se prolongaron. Pero esas tinieblas siguen anidadas aquí y allá y se asoman al reino de Dios en forma de sediciones y herejías que corroen los corazones de la gente. Nuestra guerra contra ellas no ha de cejar mientras sigamos con vida. Hemos entregado nuestras almas a Jesús, el Mesías. Seamos también los soldados de la verdad, los que no se contentan hasta alcanzar la corona de la victoria celestial; seamos fieles a la religión del Salvador, hasta sumarnos a los mártires y los santos que atravesaron este mundo para unirse a la gloria celestial y a la vida eterna.

Observé cómo muchos ojos se inundaban en lágrimas y se encendían de fervor y entusiasmo. Todas las miradas estaban clavadas en el obispo Cirilo, que con sus palabras se había adueñado de todos los corazones y había colmado todos los pechos. Su manera de hablar en griego resultaba poderosa y elocuente, como si estuviera hablando la lengua de los ángeles y de los corazones de los primeros padres. Yo me perdí en mis pensamientos y anduve vagando por lejanos confines, hasta que volví a prestar atención cuando él decía:

—Respecto a aquellos que se llaman a sí mismos «los hermanos largos», no vamos a volver a tratar ese asunto, pues ya se ha resuelto, y no nos sumergiremos en la polémica de una nueva herejía ni trataremos de analizar si la doctrina de su mentor, Orígenes, es correcta, puesto que ya el papa Teófilo, obispo de esta insigne ciudad, la condenó, trece años antes de su viaje al reino de los cielos. No os repetiré las resoluciones del sagrado concilio de la iglesia de Alejandría que condenó a Orígenes en el año 155 de la era de los Mártires, equivalente al año 399 de la era de la encarnación de Cristo. Y tampoco os repetiré las resoluciones de los siguientes concilios celebrados en Jerusalén, Chipre y Roma, las cuales confirmaron la condena de Orígenes, su deposición y excomunión. No repetiré la lectura de las resoluciones que adoptaron los ilustres padres en esos concilios, porque son resoluciones muy conocidas y divulgadas. Quien sepa leer que las lea y quien no sepa leer que acuda a la biblioteca de la iglesia y le pida a alguno de los padres que se las lea. Pero hoy os voy a decir que no permitiré revisar la cuestión de la doctrina de un filósofo que murió hace siglo y medio; un filósofo que se ocupó de la teología, se equivocó, se perdió y cayó en la herejía; un filósofo cuya ordenación como sacerdote fue ilegal. Que sus seguidores, los largos*, se calmen y que se humillen como se humilló Jesús, el Mesías. Que se dejen, con esa altura que vacila entre dudas, de recorrer el mundo y de provocar disturbios y obsesiones heréticas que amenazan a la recta fe..., la recta fe a cuya defensa hemos entregado nuestra vida, como buenos soldados de Cristo Jesús, el Mesías.

De repente, uno de los asistentes gritó, con una voz tan ronca que la garganta estuvo a punto de dislocársele:

* En un margen del pergamino aparece escrito en árabe lo siguiente: «Son cuatro monjes hermanos, que apoyaban a Orígenes y lo consideraban un santo. Los cuatro monjes eran de elevada estatura y por eso se les conoció como “los hermanos largos”. Recorrieron los países difundiendo y proclamando su doctrina después de que Alejandría los expulsó y llegaron a tener seguidores que alababan y veneraban a Orígenes como un santo».

—¡Bendito te haga el cielo y benditas sean tus palabras en el nombre de Dios vivo!

Repitió una y otra vez la misma expresión, hasta que los demás asistentes la empezaron a repetir tras él. El fervor estaba a punto de arrebatarse el sentido a aquella gente y sus gritos a favor del obispo Cirilo hacían temblar los muros de la iglesia. El patriarca trazó en el aire la señal de la cruz y alzó ante el público su cetro por dos veces, con lo cual el fervor y el entusiasmo de la gente explotaron. Algunos se desmayaban y se perdían entre la masa, otros veían cómo sus cuerpos comenzaban a temblar mientras gritaban y otros cerraban los ojos, inundados de lágrimas. El obispo, o el papa, como lo llamaban en Alejandría, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de su púlpito, en medio de un grupo de los sacerdotes más importantes, que sostenían unas cruces tan enormes como jamás había visto yo en mi vida.

Mis días en la iglesia de San Marcos se me hicieron rutinarios, salvo aquellos domingos tan ruidosos. Fui poco a poco entregando el alma a la voluntad del Señor. El sacerdote Juan velaba por mí a distancia y me aconsejaba siempre que evitara integrarme con los monjes alejandrinos, sobre todo con aquellos que se llamaban a sí mismos «los amantes de los dolores». Entre ellos había un monje de avanzada edad a quien muchos temían. Supe meses después cuál era el secreto de que yo huyera de su cruel mirada, y es que aquel monje anciano era originario del Alto Egipto y, a pesar de ello, no le gustaban los que venían a Alejandría desde esa comarca. Cierta día se encontró conmigo en el patio de la iglesia, más o menos un año después de que yo estuviera allí. Me llamó con una señal hecha con el bastón en el que apoyaba sus setenta años y cuando me acerqué, me dijo entre susurros:

—Regresa presto a tu pueblo, que Alejandría no es lugar para ti.

Su voz era algo muy similar al silbido de una serpiente y su tono era punzante, como la picadura de un escorpión. No comprendí lo que quería decirme, pero el sacerdote Juan, cuando se lo conté,

me aconsejó que me alejara de él. Unos días después me contó el criado del pabellón de huéspedes un oculto secreto, que me reveló después de girarse y mirar en derredor:

—Este anciano monje, amante de los dolores, es uno de los héroes de la iglesia. En su juventud fue uno de los miembros del grupo que dio muerte al obispo de Alejandría, Jorge de Capadocia, y lo despedazó con cuchillos de carnicero en las calles del barrio oriental —y, entre susurros, después de darse la vuelta una vez más, añadió—: Eso sucedió hace cuarenta y ocho años, en el año 77 de los Mártires —se refería al año 361 de la era de Cristo.

—¿Por qué hicieron eso con el obispo de la ciudad? —le pregunté.

—Porque nos obligaron a ello desde Roma y porque era un renegado que se inclinaba por las ideas del maldito Arrio.

En los monótonos años que pasé en Alejandría asistía regularmente a lecciones de medicina y teología. Me hice célebre entre la gente de la iglesia por mi mucho rezar y mi poco hablar, de manera que me tenían en buena estima por crearme piadoso y recto. Y, con el paso de los días y los meses, me fui olvidando de mis primeros días en la ciudad. Ya no volví a oír noticias de Hipatia ni de los otros, hasta que llegaron aquellos días críticos del año 415 del glorioso Jesucristo, cuando empezaron, primero entre los hombres de la iglesia, a correr rumores según los cuales las diferencias entre el patriarca Cirilo y el prefecto de Alejandría se habían recrudecido y aguzado. Luego circularon muchas noticias sobre que un grupo del pueblo, unos feligreses, le habían cortado el paso a Orestes y le habían arrojado piedras, pese a que era un hombre cristiano de origen y se sabía que se había bautizado en los días de su juventud, en Antioquía, de manos de Juan Crisóstomo Boca de Oro. Y ello pese a que Cristo Jesús, el Mesías, al comienzo de su buena nueva, impidió a los judíos que lapidaran a la prostituta, en aquel famoso suceso en el que pronunció aquellas palabras de «quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra».

Por entonces, las latentes diferencias entre el obispo y el prefecto no me interesaban en absoluto. Así que me desentendí de ello y me centré en mis asuntos diarios, de mis oraciones y de mis tediosas lecciones, y no me preocupé de captar los rumores ni de seguir las noticias, hasta que el nombre de Hipatia comenzó a correr de boca en boca en la mayoría de las conversaciones. Yo creía que la había olvidado por completo, pero he aquí que cada vez que escuchaba su nombre me removía, cada vez que la mencionaban mi corazón palpitaba con fuerza.

Mi corazón ansiaba saber lo que sucedía fuera de los muros de la iglesia, así que me puse a seguir las historias y los relatos que corrían por ahí. Empecé preguntando al sacerdote Juan, que me reprobó y me ordenó no ocuparme de nada que no fuera aquello por lo que había venido. Unos días después le repetí la pregunta con delicadeza y me aconsejó que me desentendiera del asunto y me concentrara en aquello para lo que estaba en la iglesia. Pregunté a otros, pero no pude dar con noticia alguna que calmara mi corazón. Sin embargo, tuve la seguridad, por los rumores de los criados que frecuentaban la ciudad y la iglesia, de que el odio que el patriarca sentía por Hipatia había alcanzado el *súmmum*. Decían que el prefecto Orestes había expulsado a un hombre cristiano de su consejo y el papa había enfurecido. Decían que el prefecto se oponía a los deseos del papa de desterrar a los judíos lejos de Alejandría, después de que el obispo Teófilo los hubiera expulsado al arrabal de los judíos, en la zona este, detrás de los muros. Decían que se suponía que el prefecto debía hacerse defensor de la gente de nuestra religión, pero la diablesa Hipatia le incitaba a otra cosa. Decían que ella hacía conjuros mágicos, que fabricaba instrumentos astrológicos para adivinos y nigromantes. Dijeron muchas cosas que no me tranquilizaban el ánimo precisamente.

Pasaron unos días llenos de tensión, hasta que llegó el domingo maldito, maldito en todo el profundo sentido de la palabra. En la mañana de aquel día, el patriarca Cirilo salió a su púlpito para pronunciar ante los fieles el sermón semanal. Su aspecto estaba revestido

de tristeza. No miró a los oyentes con alegría por ver a su pueblo, como de costumbre, sino que mantuvo la cabeza baja largo rato, para luego apoyar el cetro dorado en la pared del púlpito y levantar sus manos hacia el cielo, con lo cual las amplias mangas se deslizaron hacia abajo, mostrando sus delgados brazos. Sus dedos estaban apuntando al cielo, como si fueran las puntas de un tridente. Con voz alta, casi estruendosa, comenzó a declamar la oración citada en el evangelio de san Mateo:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en el cielo como en la tierra...

El obispo repitió la oración hasta que el público le fue cogiendo el tono y repetía con él. Después su voz se tornó inflamada y ardiente, mientras decía:

—Hijos de Dios, amados en Cristo vivo, esta vuestra ciudad es la gran ciudad del Señor. En ella se estableció el apóstol san Marcos. Sobre sus tierras vivieron los primeros padres, corrió la sangre de los mártires y se alzaron los pilares de la religión. Ya la hemos purificado de los judíos, que han sido proscritos. El Señor nos ayudó a expulsarlos y a limpiar nuestra ciudad de ellos. Pero la inmundicia de los paganos todavía agita el polvo de la sedición en nuestros dominios. Ellos prodigan a nuestro alrededor el vicio y la herejía, se introducen en los misterios de nuestra iglesia con desprecio, se mofan de lo que no conocen, juegan con lo que es serio con el fin de difamar vuestra recta fe. Quieren reconstruir el gran templo pagano que fue demolido sobre sus cabezas hace años. Quieren rehabilitar su escuela abandonada, esa que infundía en las mentes la perdición y el extravío. Piensan hacer retornar a los judíos del arrabal que habitan al interior de las murallas de nuestra ciudad. Pero el Señor no lo admitirá jamás, sino que hará fracasar sus viles afanes, disipará sus enfermizos sueños, elevando así los designios de esta sublime urbe por medio de vuestras manos, siempre que os mantengáis en la verdad, ejército del Señor, siempre que os mantengáis en la verdad, ejército del Señor... Bien dijo nuestro Señor, Cristo Jesús, el

Mesías, cuando habló con lengua de luz y dijo: «La verdad os purificará». Purificaos, hijos del Señor, purificad vuestra tierra de la inmundicia de los paganos. Cortad las lenguas de quienes hablan con el mal, arrojadlos junto con sus errores al mar y limpiad los graves pecados. Seguid las palabras del Salvador, las palabras de la verdad, las palabras del Señor. Habéis de saber que nuestro Señor, Cristo Jesús, nos hablaba a nosotros, sus hijos de todo tiempo, cuando dijo: «No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada».

La turba se agitó, conmovida y enfervorizada hasta el extremo más impensable. Cirilo se puso a repetir, con su tremenda voz y su entusiasmo sobrecogedor, las palabras de Jesús, el Mesías: «No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada». La agitación de la masa iba en aumento, hasta llegar al límite de la locura. La gente comenzó a repetir con el obispo la misma frase y no dejaron de hacerlo hasta que un grito atronador los interrumpió. Era ese grito tremendo que solía dar fin a los sermones ardientes del domingo, es decir, Pedro, el lector del evangelio en la iglesia de Cesarión, que explotó en medio de la multitud diciendo:

—¡Con la ayuda del cielo purificaremos la tierra del Señor de los esbirros de Satán!

El obispo calló y la gente se calmó, salvo Pedro, el lector. Luego algunos repitieron con él, y alguien añadió la terrible cantinela:

—En el nombre de Dios vivo derribaremos el templo de los ídolos paganos y construiremos una nueva casa para el Señor... Con la ayuda del cielo purificaremos la tierra del Señor de los esbirros de Satán... En el nombre de Dios vivo derribaremos el templo de los ídolos paganos.

El obispo se dio la vuelta, cogió su cetro y lo alzó al aire para trazar la señal de la cruz y la iglesia fue invadida por una histeria colectiva. Los gritos se entrecruzaban y chocaban, las mentes se cegaron y los corazones se cubrieron de una anarquía que presagiaba un hecho terrible. Pedro, el lector, fue el primero que se dirigió hacia la puerta y lo siguieron grupos que repetían la nueva frase:

—Con la ayuda del cielo purificaremos la tierra del Señor.

El patio de la iglesia se quedó casi vacío. Los gritos de la gente que marchaba tras Pedro llegaban desde fuera de los muros. El obispo entró en su balcón y tras él los sacerdotes. Yo no sabía, en esos momentos, qué hacer. ¿Quedarme en el patio de la iglesia y que fuera la voluntad del Señor? ¿O salir tras la multitud? Sin planearlo previamente, ni siquiera de forma inconsciente, salí, impulsado por un mal presentimiento, tras la multitud. Los alcancé pero, naturalmente, guardé silencio.

Pedro, el líder de la multitud, se dirigió a la gran calle Canopea, con cientos de personas gritando tras él. El sol del mediodía caía ardiente y la elevada humedad sofocaba la respiración. Las casas temblaban con el movimiento de los creyentes y la fuerza de sus gritos. Algunas de ellas tenían puertas y ventanas cerradas. En otras la gente se había subido a las azoteas y hacían señales blandiendo las cruces. Se levantó el polvo de las calles y los ángeles misericordiosos huyeron del cielo. Mi corazón me dijo que un terrible suceso estaba a punto de producirse. Yo caminaba atrapado por lo que sucedía a mi alrededor, como si estuviera viviendo una de las visiones del viaje de Habacuc que anunciaban la extinción del orbe y el fin del mundo.

Algo más tarde fue disminuyendo el griterío de quienes invocaban a Dios y se dispersaron por la ciudad, recorriendo todos sus rincones, a lo largo y a lo ancho. Iban en grupos formados por decenas, divididos por calles. Caminaban repitiendo los mismos gritos. En un momento dado, pensé que el objetivo de ese tumulto era demostrar que los cristianos eran los más visibles y fuertes en la ciudad. Se trataba, pues, de un mensaje tácito dirigido al prefecto, de una advertencia expresa para todos los habitantes de la ciudad. Pero la cosa se transformó en algo mucho más profundo que eso, mucho más grave y horrible.

Los rayos del sol del mediodía ardían y la humedad del ambiente había aumentado tanto que dificultaba la respiración jadeante del grupo que todavía marchaba entre vítores tras Pedro, el lector. Estuve a punto de darme la vuelta y regresar a los muros de la iglesia,

a mi fortaleza inexpugnable, de no ser porque me fijé en un hombre delgado, de larga cabeza, que vino desde el extremo de la calle corriendo, mientras le gritaba a Pedro y a los que le acompañaban:

—¡La infiel ha montado en su carro y no lleva guardias!

Mi corazón palpitó con fuerza y me sobrevino un súbito pánico al ver a Pedro corriendo, vociferante, en la dirección que le señaló el hombre de la cabeza larga, seguido por los demás. Corrí tras ellos, pero ojalá no lo hubiera hecho. Al llegar a la pequeña iglesia que había en mitad de la ancha calle que conducía del gran teatro hasta el puerto del Este, apareció, a lo lejos, el carro de Hipatia, tirado por dos caballos, el mismo carro en el que la había visto montar y alejarse de mí tres años atrás. El carro era el mismo y los caballos eran los mismos. Tan solo yo no era el que era. Pedro, el lector, salió disparado, con su enorme cuerpo, para alcanzar el carro, mientras gritaba, y tras él sus seguidores, palabras ininteligibles. Unos metros antes de llegar a donde estaba el carro, se detuvo inesperadamente y se dio la vuelta, momento en que uno de los que iban tras él se abalanzó hacia él, dando un horripilante grito y sacando de debajo de su hábito eclesial un largo cuchillo... oxidado... también..., el cuchillo.

No escribiré ni una sola letra..., no...

Dios mío, detén mi mano..., llévame contigo..., ten piedad de mí...

Voy a romper los pergaminos, los lavaré con agua... y después...



—Escribe, Hipatia, escribe en nombre de la verdad que atesoras en tu interior.

—No, Azazel..., no puedo.